

## 1. INTRODUCCIÓN: UN NUEVO PARDIGMA PARA RECUPERAR LA FE

Este libro lo he ido escribiendo gota a gota a lo largo del nuevo milenio, años 2001-2010, pero responde a unas inquietudes que ya se me desvelaron en el seminario durante los años de Teología, a finales de los 60, en pleno huracán del Concilio Vaticano II. Por lo tanto, ya hacía unos cuarenta años que le estaba dando vueltas y por ello no sería de extrañar que alguien se pudiera encontrar con cosas sorprendente, después de tantos años meditándolas. La verdad es que aquel viento conciliar se convirtió en una fuerte tramontana que se llevó de los seminarios a casi todos los seminaristas y novicios de España y de Occidente. Aquel viento huracanado destruyó las puertas de los seminarios, provocando una apertura al mundo que, sin duda, por una parte tenía que ocurrir, aunque sólo fuera para poner la Iglesia a punto para una nueva singladura, destruyendo viejas estructuras y preparándola para una nueva edificación; pero, por otra parte, llevó a muchos por caminos alejados de la Iglesia y a unos pocos incluso, como es sabido, a organizaciones armadas. Ahora es posible que algunos quieran volver al seno de la Iglesia, como ovejas perdidas o descarriadas que anhelan la seguridad del redil. ¿Y por qué no? Vivimos en un tiempo en que vuelven con fuerza creciente las conversiones al catolicismo de los años 50. En Estados Unidos, que siempre nos llevan ventaja, decenas de pastores protestantes regresan con alegría a la Casa del Padre: la Iglesia católica.

Pues bien, en los años 60, a raíz del Concilio Vaticano II o, si se quiere, al son de los Beatles (¿pura coincidencia?) llegaron a las facultades de teología aires nuevos, doctrinas nuevas que a más de uno nos hicieron perder la fe, como a mí mismo, sobre todo las nuevas teorías sobre la interpretación de los Evangelios con la llamada *crítica histórica* de los Evangelios y también con la *teoría de la evolución*, que iba a revolucionar totalmente una concepción milenaria sobre el origen de la humanidad. Seguir creyendo, combinando estas dos teorías con la fe católica era puro masoquismo y lo mejor era abandonar. Por suerte, mi crisis personal de fe, muy prematura y aunque fuerte, duró muy poco tiempo, posiblemente por no haber abandonado del todo la oración, o por el impacto que representó la lectura de la biografía de algún santo extraordinario, sobre todo la de san Francisco de Asís de la BAC y la de santa Gema Galgani, por cierto, los dos italianos.



Santa Gema Galgani, gran mística italiana (1878-1903)

Aquellos grandes místicos, capaces de elevarse hasta los pies de Jesús crucificado y de la Virgen para hablarles y escucharles, eran como la lluvia suave y refrescante que se precisaba para acabar con la sed y el bochorno de aquel racionalismo incrédulo que consumía la vida de un pobre seminarista y que de aquel modo tuvo la suerte de escapar a la crisis posconciliar provocada por la desintegración progresista. Poco después me di cuenta de cómo aquella crisis de fe iba extendiéndose como una mancha de aceite en el mundo eclesial conocido, apreciado y entrañable. Condiscípulos y amigos que prometían por sus grandes cualidades y su bondad, no solo abandonaban una vocación sacerdotal que en otro tiempo habría sido firme y contagiosa, sino que incluso abandonaban la práctica religiosa. A parte de muchos factores, uno de los más importantes, si no el fundamental, era la pérdida de la fe ante las nuevas teorías y el abandono,

es preciso decirlo, de las tradicionales prácticas de piedad que el mismo Concilio recomendaba, aunque hubiera podido obviarlo porque, en aquellos momentos de euforias y de novedades, nadie iba a hacer caso de aquella recomendación tan anacrónica: «*los ejercicios piadosos del pueblo cristiano, mientras estén de acuerdo con las leyes y normas de la Iglesia, son muy recomendables*» (Const. Sagrada Liturgia I, 12-13). Con oración, misa y rosario diarios — con tan sencilla fórmula, compatible con la modernidad de la Madre Angélica, que ha creado una cadena mundial de TV: EWT — las órdenes religiosas, hoy en caída libre, seguramente habrían aguantado estos 40 años de travesía por el desierto, que ya concluyen. Ahora ya es tarde. La travesía por el desierto ha sido llena de aridez, sin ganas ni afecto por las cosas espirituales, sin oasis, y las actividades externas han terminado por quemar a los individuos. Era una crisis inevitable, seguramente deseada por Dios, pero muchos se han quedado por el camino. Se ha apeado demasiada gente de un tren que corría sin destino y que ha encallado en las arenas del desierto. El desánimo, cansancio y descorazonamiento son generales, al menos en el llamado Occidente. Juan Pablo II habló en cierta ocasión de una primavera eclesial que estaría acercándose. Los expertos no saben en qué podía basarse el Papa para hacer aquella afirmación porque los datos con que se cuenta de cara al futuro no son precisamente halagüeños, y por ello se cree que el Papa lo dijo tal vez porque habría tenido alguna revelación privada. Sea como fuere, hay un motivo para la esperanza: el valor que puede atribuirse a la cifra bíblica de los 40 años que duró la travesía del pueblo de Israel por el desierto al salir de Egipto. La crisis eclesial empezó con fuerza después del Concilio, que finalizó en 1965, y por ello el resurgir primaveral habría de producirse a lo largo del decenio 2005-2015, al cabo de 40 años, y sería de tal proporción que sorprendería a propios y a extraños, a los progresistas y a los mismos conservadores. Hay síntomas de que esto se acerca. En Francia, pionera de tantas cosas, han aumentado de forma espectacular los bautismos de adultos, un 5% procedentes del Islam. Es impensable que la Virgen abandone por mucho más tiempo a un continente con el que comparte la bandera de las doce estrellas con el fondo azul y que es

el mismo continente que los dioses labraron con una figura extraordinaria, que no es casual, dotándolo de preciosas penínsulas, con los fiordos de Noruega incluidos, todo magníficamente calculado y beneficioso para sus tierras y los pueblos que las habitan. Esto es Europa, física y etimológicamente hablando, como ya se demostró en mi libro *La revolución de Marte*. Pues bien, Carlo Carreto (1910-1988) supo evocar con fuerza la cifra bíblica de los 40 años, a propósito de la crisis que suele aparecer en las personas cuando llegan a la mitad de la vida: «Normalmente esto ocurre hacia los 40 años: gran fecha litúrgica de la vida, número bíblico, data del demonio meridiano, data de la segunda juventud, data importante del hombre...». También hay que tener en cuenta que la crisis posconciliar empezó con otra fecha representativa, aunque no eclesial, el Mayo del 68, que de alguna manera consiguió inocular su espíritu de rebeldía desobediente en las filas cristianas en aras de un idealismo utópico. También esto se termina.

Pues bien, ahora se trata de exponer a mi manera una serie de motivos y argumentos apologeticos con los que intentaré demostrar que no había para tanto. A lo mejor equivocamos el camino o a lo mejor no. Quizás Dios nos echó porque le habríamos molestado para hacer la Iglesia nueva que planeaba edificar, ya que primero era necesario derribar muchas cosas envejecidas y se sirvió de unas crisis no superadas en su momento y que quizá tendrían que serlo en otra ocasión, cuando aquellas personas que debíamos convertirnos en sacerdotes de la nueva ola ya hemos traspasado largo tiempo el ecuador de nuestras vidas. Por supuesto, no había razón alguna intelectual para abandonar aquel camino de vocación, aunque esto ahora sólo pueda decirse *a posteriori*. Podía haber razones afectivas para abandonar, pero esto era normal, comprensible y patrimonio de todas las épocas. La aparición de una fuerte crisis de fe, motivada por las nuevas teorías de signo intelectual, fue el desencadenante principal de aquel abandono masivo, que de otro modo también habría sido fuertemente acusado, teniendo en cuenta los cambios que se produjeron en la sociedad, pero que seguramente no habría llegado a proporciones tan grandes y desastrosas, si puede decirse así. En el curso 1959-60 en el seminario de Seo de Urgel, por ejemplo, empezaron 68 seminaristas.

No llegó ni uno solo a la meta final, aunque un buen grupo de los más fieles llegaron a los últimos cursos de teología. Los que estadísticamente tenían que ser sacerdotes, pero allí les esperaban las nuevas teorías para acabar de fulminarlos. En el seminario de Solsona aquel mismo curso empezaron unos 30 chiquillos, que eran fotografiados con sotana para la revista mensual del Seminario de Solsona *L' Infantil*, la única que se editó en catalán después de la guerra durante muchos años, en tiempos del obispo Vicente Enrique y Tarancón, después cardenal de Madrid. Todo el mundo sabía que de aquel numeroso grupo pocos llegarían a curas, pero nadie sospechaba que sólo serían uno o dos o ninguno, porque el ahora sacerdote Josep M. Serra Roig se pasó al seminario de Tarragona en el tercer curso y otro estimó conveniente secularizarse. Y así podría decirse de todos los seminarios de España y de toda la Europa católica. Pues bien, hoy, después de 40 años puede decirse que aquellas teorías tan llamativas, tanto la *crítica histórica de los Evangelios*, que veía interpolaciones por todas partes, como el *evolucionismo*, que nos llena el cerebro de millones de años imposibles, no sólo no han conseguido imponerse, sino que precisan a diario de más puntales para sostenerse hasta que acabarán cayendo estrepitosamente y, si todavía se mantienen en pie, es porque hay un pacto de silencio en torno a las muchas objeciones y problemas con que tropiezan para salir adelante. Tanto la teoría de la evolución como la crítica histórica de los Evangelios, viven de la *fe* o confianza de que tienen razón, pero la verdad es que hasta el momento no han podido demostrarlo y probablemente no tardarán muchos años en quedar obsoletas. Entonces resurgirá la fe verdadera, pero para algunos ya será demasiado tarde y habrán pasado su preciosa vida engañados por una *fe humana*, por haber confiado más en algunas ciencias humanas que en la Palabra de Dios, *el cual no puede engañarse ni engañarnos*, como decía el olvidado Catecismo de Tercer Grado en la pregunta n. 22.

También todos aquellos que abandonaron el camino de la vocación sacerdotal para entregarse a fines sociales, sindicales y políticos pueden darse cuenta de que estas teorías han tenido ya su tiempo y que el mundo sigue más o menos igual por lo que se refiere a